Mejía Rivera avanza en su magno proyecto histórico

La medicina antigua. De Homero a la peste negra
ORLANDO MEJÍA RIVERA
Editorial Universidad de Caldas, Manizales, 2017, 558 pp.

CITABA PEDRO Laín Entralgo a Aristóteles, en su *Historia de la medicina* (1978), diciendo que "las cosas se entienden mejor cuando uno ha logrado ver con alguna claridad cómo se formaron". En ese sentido, el trabajo de revisión de la historia de la medicina que viene adelantando Orlando Mejía tiene un gran valor, puesto que aclara y da una visión más amplia sobre los procesos que dieron origen a esta ciencia y a la misma humanidad, afrontándolos con un espíritu crítico y ligándolos con las diversas áreas del conocimiento y la cultura humanas. Cuatro son los tomos previstos de este magno empeño, que no desmerecen de otros emprendidos por grandes estudiosos del tema, como los del mismo Laín Entralgo ya citado y la *Historia de la medicina universal* de José María de Mena, publicada en 1987. Ellos son: *La medicina arcaica*, *La medicina antigua*, *La medicina moderna* y *La medicina contemporánea*.

Orlando Mejía (Bogotá, 1961) vive desde niño en Manizales, donde desarrolla una intensa vida cultural y académica como profesor titular de Humanidades Médicas y Medicina Interna en la Universidad de Caldas. Desde muy joven se destacó por su voracidad enciclopédica y por querer dotar su ejercicio profesional de un profundo toque humanístico y de una transversalidad cultural que en parte, reconoce, bebió de algunos de sus profesores más egregios de la facultad donde se formó. Ha sido distinguido con prestigiosos galardones como el Premio Nacional de Novela del Ministerio de Cultura, en 1998, con *Pensamientos de guerra*. De su extensa obra destacaría: *La muerte y sus símbolos* (1999), *El enfermo de Abisinia* (2008) y *Dante Alighieri y la medicina* (2018).

El texto que ahora nos ocupa visibiliza las relaciones entre la medicina y la cultura, y muestra los fundamentos epistemológicos griegos de los que se ha alimentado la medicina actual. Octavio Escobar, también médico y dos veces Premio Nacional de Literatura, hace hincapié en el abordaje esencial del hombre, asumido por su colega "desde el punto de vista más sensible", al escribir "desde nuestra identidad fundamental".

El libro está dividido en cuatro grandes apartados, dedicados a la medicina griega, a las medicinas helenística y romana, deudoras de aquella, y por último a la medicina medieval, destacando el importante aporte de las medicinas árabe y judía. Aparte de la debida documentación de cada una de las etapas y la profusa información sobre escuelas, corrientes, así como de practicantes y científicos, llama la atención el libro por el sinfín de anécdotas, aforismos, leyendas y correlaciones históricas y socioculturales que hacen la lectura del mismo sumamente instructiva y amena.

La cultura griega se considera el origen de la civilización occidental. Afirma Mejía que

> En los griegos se encuentra todo el fundamento racional, estético, literario, lingüístico, antropológico, que ha orientado a Occidente hasta, incluso, las épocas contemporáneas. Pensadores de ese tiempo siguen perdurando en las estructuras mentales del paradigma occidental [...] todos los cimientos de la estructura de la medicina occidental, hasta la mitad del siglo XIX, fueron griegos. (p. 24)

Werner Jaeger en *Paideia* (1933), asevera que

> De todas las ciencias humanas entonces conocidas [...] la medicina es la más afín a la ciencia ética de Sócrates. [...] traspasa los linderos de una simple profesión para convertirse en una fuerza cultural de primer orden en la vida del pueblo griego. (p. 23)

El "Juramento hipocrático", aún vigente, nace de esta cultura; Hipócrates, el gran artífice de la medicina griega, es reconocido como el paradigma de la excelencia clínica y el padre de esta ciencia. La medicina hipocrática se basó en varios principios como el rechazo a las causas mágicas o religiosas de las enfermedades, como el de ser una técnica que se aprende arduamente; la teoría "humoral" fue su fundamento nosológico y la racionalidad de su terapéutica se derivó de este fundamento; aparte de eso, se generó una deontología y una ética médicas que hasta hoy perduran.

La gran Alejandría fue la cuna de la llamada medicina helenística. Para sus médicos era fundamental llegar a un conocimiento preciso del cuerpo humano y de su funcionamiento y así poder adaptar la terapéutica a cada caso individual. Herederos del saber griego, no obstante fueron sus críticos, e iniciaron la práctica sistemática de disección anatómica en animales y humanos. Destacan en esta época Herófilo de Calcedonia (el padre de la anatomía); Erasístrato de Ceos, famoso por el linimento que inventó y por su diagnóstico de la "enfermedad del amor", así como Filipo de Cos y Serapio de Alejandría, que le dieron una gran importancia a la experiencia clínica.

Para Indro Montanelli, "lo que hace grande la historia de Roma no es que haya sido hecha por hombres diferentes a nosotros, sino que haya sido hecha por hombres como nosotros" (*Historia de Roma*, 1959). La Grecia conquistada conquistó a Roma por la cultura. Para los romanos, la medicina no era una profesión propiamente dicha, ni hubo tampoco escuelas de medicina puesto que esta era considerada una profesión indigna para los ciudadanos romanos. Los médicos venían de fuera y en todo caso atendían a los potentados. No obstante, el imperio romano dio grandes estudiosos y clínicos que dejaron huella durante muchos siglos. Ejemplo de ello fueron: Vitruvio, que incorporó la arquitectura a la medicina y la noción de salubridad en las construcciones públicas; Plinio el Viejo, que denigró de la magia; Celso, el primer traductor del griego al latín, que creó un canon filológico y dijo que la medicina debía ser racional y "apoyarse en las causas evidentes"; Rufo de Éfeso, quien afirmó que el coito era beneficioso para los maníacos y melancólicos, y desarrolló todo un tratado sobre la anamnesis; Areteo de Capadocia, considerado el más grande clínico de la Antigüedad, incluso por encima de Galeno, identificó la lepra

y describió la gonorrea; Dioscórides, a quien se debe *De materia médica*, fue gran conocedor de las plantas y sus usos terapéuticos, traducido y muy valorado por los árabes, además de ser *medicus castrorum* y de trabajar en las legiones con tres emperadores en una época en la que se crearon los *valetudinaria*, especie de hospitales militares de campaña donde se atendían fundamentalmente las heridas y los traumas de guerra; y Galeno, el más famoso médico de la Antigüedad con Hipócrates —pero solo el de Pérgamo convirtió su nombre en sinónimo de médico—, con una intensa experimentación anatómica y un gran conocimiento fisiológico, muy famoso por la "triaca de Galeno". En su *Exhortación a la medicina*, este último afirmó que el mejor médico es también filósofo, y dijo algo tan sabio como lo siguiente: "Mientras se conciba la riqueza como algo más valioso que la virtud y se aprenda el arte no por el bien de los hombres sino por lucro, no será posible alcanzar la meta de dicho arte".

Tras la caída del imperio romano, este se fragmentó y se convirtió en un caos, en palabras de Idacio. Degeneró el latín, que dio después origen a las lenguas romances, y quedaron muy pocos lectores. Jacques Le Goff, en *Una larga Edad Media* (2004), resaltaba que este período no fue ni oscuro ni dorado, sino que "como todo período histórico, está tejido de luz y de sombra [...] y presagió el futuro". Eso sí, fue una época de gran pobreza, de sobreexplotación feudal, con una medicina mediocre muy contaminada por los charlatanes. Se instaló una visión fatalista del mundo, pero algunos cristianos decidieron reconstruir la vida ciudadana y recuperar la cultura y la ciencia de la Antigüedad. En esto fueron importantes las órdenes monacales que dieron origen a la medicina monástica y el rudimento de los primeros hospitales. El primero de ellos fue fundado por san Benito de Nursia, creador de la orden benedictina inspirada en la caridad cristiana. Se obligaron a atender a todos los enfermos sin importar su condición socioeconómica, contrariamente a lo que hacían los médicos grecorromanos. Isidoro de Sevilla fue el personaje más importante de esta época, por *Etimologías*, obra que salvaguardó los saberes antiguos. La medicina nórdica, con su farmacopea mágica, fue asimilada por la cultura popular y se mezcló con la invocación a los santos para curar las enfermedades. Estos pueblos no tenían médicos sino unas sanadoras conocidas como "sagas", que cuidaban y asistían a los enfermos.

El aporte de la medicina árabe fue fundamental. Para sus científicos el conocimiento de las leyes del universo no era una finalidad teórica en sí mismo, sino que se orientaba hacia las aplicaciones útiles que pudiera llegar a tener. Esto explica su ordenamiento de las ciencias. Los *hadices* atribuidos a Mahoma le daban a la ciencia médica un papel privilegiado en la sociedad islámica. La profesión médica debía sustentarse en el altruismo, el amor por la humanidad y la compasión por todos los pacientes. Los principales médicos árabes fueron: Rhazes, gran clínico y prestigioso erudito; Avicena, gran médico y filósofo, autor del *Poema de la medicina* y *El canon de la medicina*; Ibn al-Nafis, descubridor de la circulación pulmonar. Y del al-Ándalus destacaron: Abenhazam, autor de *El collar de la paloma*; Albucasis, el inventor de la "esponja soporífera"; Avenzoar, el primero en hacer una traqueotomía, y Averroes, el comentarista de la obra de Aristóteles.

En esta época, destaca Mejía, el dolor fue un tema sustancial: "La Alta Edad Media fue la casa del dolor humano, y el sufrimiento del cuerpo era el mejor instrumento para liberar el alma de su profunda y hedionda 'ergástula' (cárcel) de carne y tierra" (p. 379). El dolor físico era el mejor antídoto contra la lujuria y una sublimación imitativa de Cristo en la cruz; por tanto no se trataba médicamente y toda cura debía ser sacrificial. Pero las Cruzadas permitieron descubrir que los árabes sabían quitar el dolor a los heridos y cuando operaban podían dormir a sus pacientes. La "esponja soporífera", el primer anestésico inhalado, fue luego perfeccionada por el cirujano francés Chauliac. En 1578, el papa Pablo V prohibió su uso y se volvió a los métodos cruentos de intervención quirúrgica, hasta el siglo XIX.

El cordobés Maimónides fue médico y rabino. Intentó conciliar, en armonía intelectual y espiritual, los conocimientos de varias culturas, y dijo: "La medicina no cura la enfermedad sino al hombre que la padece".

En la Baja Edad Media, la medicina empezó a tomar distancia de las prácticas curativas populares y de la medicina monástica. Se prohibió a monjes y canónigos su ejercicio. Esto facilitó la creación de escuelas y facultades médicas en las nacientes universidades europeas, pero el influjo ideológico de la Iglesia persistió.

Un tema importante que Mejía destaca en la medicina de la época es el de la higiene personal:

> Mientras el uso del baño diario o frecuente se promulgaba en la medicina musulmana y del al-Ándalus como una medida esencial para la conservación de la salud, en la medicina cristiana tuvo relevancia la teoría de que el baño habitual producía, incluso, la putrefacción de los humores del cuerpo, y eso explica, en buena parte, los graves problemas de higiene de su sociedad. [...] el desaliño y el descuido eran señales de humildad espiritual. (p. 414)

Dos temas relevantes de esta época fueron, por un lado, el *Regimen sanitatis salernitanus*, una obra colectiva de los médicos salernitanos por medio de la cual la gente del común aprendió a comer y beber con moderación; por el otro, el aporte que hicieron los cirujanos de la escuela de Bolonia, al poner énfasis en el manejo limpio de las heridas, contradiciendo el dogma galénico del "pus laudable" y defendiendo el cierre primario de ellas.

En fin, es este un libro ameno y asequible al público en general. Valioso documento de consulta, no solo para gentes del ámbito sanitario, que permite comprender mejor cómo se ha formado el conocimiento médico actual integrado a la cultura.

Antonio María Flórez